



MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XXIII)

Caminaba yo un día de sol por una callejuela, cuando me topé de sopetón con un hombre vestido de menestral sin afeitar. El pánico en los ojos y los pies ligeros, el hombre se me disculpó embarullado y, mirando recelosamente a izquierda y derecha, intentó proseguir su marcha. Pero yo le agarré por el brazo y le dije:

—¿Dónde vas tú, marchoso? ¿Son estos tus modos?

—Disculpe, señorita, pero la Policía me sigue?

—¿Qué ha hecho usted?

—Luchar por la libertad y el socialismo.

—¡Es mi sino!

Dije para mí, desesperada. Y es cierto. A lo largo de mi intensa vida amorosa se han producido infinidad de encuentros con mártires históricos por los que no he sido totalmente comprendida o a los que no he conseguido entender. Ya en los años treinta se lo contaba yo a Stalin (una vez reconciliados), en Volggrado, y él me dio una explicación muy correcta.

—Encarnita, siempre te ha gustado vivir muy bien, y la lucha por la Historia pertenece al reino del dolor y de la miseria.

Yo no le di la razón. Porque lo que una siempre ha sabido apreciar en un hombre es que fuera eso, y si bien he tenido excelentes amadores socialistas, siempre les he notado un principio de inseguridad psicológica derivada de su agitada y perseguida vida. Perdonen la digresión, ya vuelvo a mi encuentro en aquella calleja un día

de sol. No bien me había revelado el joven su problema se presentó una pareja de policías y veo que se me echan encima del hombretón. Yo que me interpongo y les digo.

—¿Qué pasa?

—Señora, no se interponga ante la acción de la justicia. Este hombre es sospechoso.

—¿Mi hombre es sospechoso?

—¿Es suyo este hombre?

—Completamente.

Y le abracé y le besé con pasión. Los guardias, eran otros tiempos, volvieron discretamente la cabeza y se atusaron el mostacho. Yo le daba al conspirador unos besos sonoros que podían haber arrancado pedazos del rebocado de las fachadas. Mientras tanto, él me decía su nombre y algunos datos. Cuando los guardias nos indicaron con su carraspeo que ya estaban hasta las narices de nuestro living sex, yo me abrí de piernas y, con los brazos en cruz, grité:

—¡No tocarán a mi Fermin!

—¿Se llama usted Fermin?

—Lo juro.

—Entonces no hay más que hablar. Perdonen la equivocación.

Y se marcharon corriendo. Una vez desaparecidos, Fermin se arrodilló y me besó la mano. Silenciosa, aquietadamente, se sacó un cartoncito del bolsillo y me lo deslizó con disimulo en la pechera. Fue mi primer carnet del PSOE.

(Continuará)



NO TIRE LOS NIÑOS POBRES SALVAJES DE SU BARRIADA
Pueden ser utilizados para otros fines que los suyos propios, verbigracia:

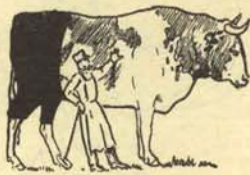


1.—Recogida por las calles de los niños salvajes y pobres citados.

2.—Utilización de los niños pobres como cabalgadura, para que nuestros hijos jueguen felizmente en las calles embarradas que nos circundan.



Cortázar



LA FIESTA DE TOROS ES INMORAL

La fiesta de toros es una inmoralidad. Y no lo decimos por las denuncias casi continuas de la crítica independiente, nada de eso. La inmoralidad de la fiesta de toros está en sus componentes, en todos los que participan físicamente de ella. Veamos: las corridas se celebran en un sitio redondo, y todo lo redondo ya se sabe la cantidad de sugerencias inmorales que es capaz de crear. Después está el torero, que es el más inmoral de todos. Aparece en la arena vestido de una forma de lo más provocativo; en primer lugar están sus andares marchosos, engreídos y desafiantes, lo que ya constituye una falta de respeto para las personas de bien que se sientan en las loca-

lidades de la plaza. Emplea unas a modo de calzas que ellos llaman taleguilla, pero que no pasa de ser como unos leotardos de gallos colorines que contornean su silueta de forma provocativa. Es una vestimenta completamente opuesta a las virtudes de recato tan tradicionales y patrias.

Luego está el toro. El pobre animal, que sale sentenciado a muerte, y que morirá a manos del provocativo torero. A este pobre animalito lo hacen salir al ruedo completamente desnudo, y sabido es cuanto cohibe esta condición delante de miles de espectadores que, además de comprobar el estado de sus carnes, suelen insultarlo, llamándolo cojo, cornicorto, becerro y hasta berrendo.

Lo pinchan, lo acosan y lo matan. Muere como un toro de bien, destrozada su anatomía y mirando a los ojos de sus verdugos con orgullo tras haber sido vejado. Todo lo que se le hace al toro es completamente inmoral, desde obligarlo a salir en cueros hasta su muerte lenta.

Sólo hay dos personajes vinculados al toro que puedan salvarse de tanta inmoralidad: los caballos de picar y Manolo Escobar.

Los caballos de picar salen al ruedo con maxifalda, que tapa hasta sus canillas, y no paran ahí. Con objeto de no contemplar tanta desvergüenza e inmoralidad, los caballos

se tapan los ojos con un pañuelo. A ellos los obligarán a salir al ruedo y a participar de la fiesta, pero a lo que no están dispuestos es a ser humillados ni a abdicar de sus recios principios morales. Soportan con gran dignidad cuanto de ellos se quiera hacer, pero siempre con modestia y recato. Basta observar a cualquiera de ellos mientras permanece en el ruedo, y se verá como sus labios se mueven: está entregado a jaculatorias que lo preservan de caer en la condena del pecado.

El otro personaje que se salva es Manolo Escobar, que clama desde los discos, a través de emisoras, en «cassettes» y hasta en televisión, por la moralidad de la fiesta de los toros. Utilizando cuantos medios de audición tiene a su alcance, intenta convencer a las mujeres para que no vayan a los toros en minifalda, pregunta dónde está su carro para huir lejos de tanto atentado contra las buenas costumbres, recuerda a las mujeres que tienen un hermano muy cateto, que gusta de la fiesta y de las leyes. En fin, que es tanta la inmoralidad de la fiesta brava, que hasta se sospecha que los apoderados usan ropa interior de fantasía, comprada en sus viajes a América, y que no van a Misa. Y así está la fiesta, naturalmente.

MU-MILLO